

gotas de sangre de su cuerpo extremado, el don inapreciable de su propia Madre, despues de habérsenos dado á sí mismo, por medio de la institucion del Smo. Sacramento del altar.

En calidad de hombres somos todos hijos de Maria; porque ella ha cooperado con su amor y sus dolores á nuestro nacimiento espiritual; y así como Jesucristo, es el Padre y Redentor de todos, porque nos ha rescatado y regenerado con su sangre, del mismo modo somos tambien hijos del dolor que sintió Maria al perder á su hijo Dios, y más viéndolo morir de la manera mas trágica. En calidad de cristianos verdaderos, y por eso discípulos de Jesucristo, mudos, incorporados á él, hechos una misma cosa con él, somos hijos de Maria como lo es el mismo Jesucristo. O dulce idea! pensamiento lleno de encanto, precioso recuerdo! La madre de Dios es tambien mi madre! No puedo dudar de ello; pues el mismo Dios poco antes de morir nos la dió, asegurado con el amor; y Maria aceptó este encargo, oprimida por el dolor y poseída por el amor que nos tenia. Que nuevo título, que nuevo motivo no tengo para mirar á Dios como á mi padre, á Jesucristo como á mi hermano, ahora que tengo á su Madre por guia, por abogada y por defensora! Que seguro asilo, que refugio no hallaré en Maria! Ningun temor debo tener entre el deseo y la esperanza de alcanzar la salvacion: puedo tener confianza en mis súplicas, y prometerme buen éxito en las peticiones, contando á Dios por hermano y á Maria por Madre, que se distinguen por su ternura, por su bondad, por su amor y compasion.

